



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

BIBLIOTECA LIGERA,

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

1. ¿Hablemos de religión?—2. ¿Quién se ocupa de eso?—3. ¿En qué quedamos: hay o no hay Dios?—4. La razón de la sinrazón.—5. ¿Si seré yo algo más que un bruto animal?—6. Bueno; pero el alma nadie la ha visto.—7. ¿Qué me cuenta V. del otro mundo?—8. Los amigos del pueblo.—9. ¿Y si le hay?—10. ¡A confesar!—11. ¿Soy católico?—12. Amigo leal.—13. Jesucristo y el Evangelio.—14. ¿Milagros? No soy tan bobo.—15. No me hable V. del Papa.—16. Padre Nuestro, Ave Maria y Gloria.—17. ¿Y cómo no hay ahora milagros?—18. Yo no creo sino lo que comprendo.—19. ¿Y eso de la Bula?—20. Libertad, igualdad, fraternidad.—21. La santa Cuaresma.—22. Muerte y juicio.—23. Infierno y gloria.—24. Querer es poder.—25. Esos curas ¡los hay tan malos!—26. Bueno

R. 3531090

112

63517

¿PARA QUÉ NECESITO YO SACRAMENTOS?

Cierto: no los necesitas para enriquecer, engordar ó darte lo que se llama una real vida. Al revés, para divertirti, y ganar sin escrúpulos mucho dinero, y darle al cuerpo animal todo regalo y satisfacción, te lo aseguro á fe de hombre formal, preciso te será burlarte algún tanto de tales niñerías, como las has llamado más de una vez. Sin Sacramentos, y sin Religión, y sin Dios, ni cosa que lo valga, se puede ser millonario como el que más, tener repleto el estómago, sano y rubicundo el color, y alegre y divertida la existencia.

Sólo que ya comprenderás tú que, cuando hablamos los católicos de la necesidad de los santos Sacramentos, no nos referimos á esas conveniencias y ventajas del cuerpo y de la fortuna, sino á los más elevados intereses del alma, de la moral, de la conciencia, de la vida futura, es decir, de todas estas otras cosillas sobre que versa principal y esencialmente el negocio de la salvación eterna, y que son precisamente las que tú y muchos otros soléis tener medianamente olvidadas.

—Pues, por lo que á mí hace, habéis de saber, señor mío, que no me toca poco ni mucho la satírica invectiva con que habéis dado principio á vuestro sermón. Nunca fuí tan bobo que necesitase saber que la Confesión y la Comunión ni engordan, ni enriquecen, ni hacen cosa alguna de las que, sólo por puro placer de diverti-

ros y soltar la vena del buen humor habéis querido echarme en cara. Lo que sí digo, y de esos trece no me apeáis vos ni el Padre Santo de Roma, lo que digo, sí, es que se puede ser muy bueno, y muy moral, y muy honrado, y muy de buena conciencia, sin ese confesar y comulgar continuos, de los cuales quiere hacerlo depender todo el Catolicismo. Tan bueno soy como el mejor de mi calle ó de mi barrio, sin que necesite poco ni mucho esa peji-guera de irle á contar cada semana ó cada mes mis cosas al Padre confesor, é irme á poner luego en fila con los beatos en la barandilla del altar de la Comunión.

—Está bien, amigo mío, y sólo me permitirás aquí unas preguntitas, y serás tan amable, que me vas á dar á todas ellas cumplida respuesta. Vaya, pues : ¿Eres católico?

—Con toda el alma ; pero no fanático.

—Fanático tampoco quiero serlo yo, ni quiere Dios ni el Papa que lo sea ninguno de los hijos de la Iglesia, porque fanático quiere decir: el que está tenaz y testarudo en una falsa creencia. Yo sólo quiero que tengas con toda convicción creencias verdaderas. Vuelvo, pues, á preguntar: ¿Eres católico? ¿Sí ó no?

—Vamos, no hay para qué negarlo. Sí, señor.

—De consiguiente, admitirás como bueno, provechoso y obligatorio todo lo que enseña como tal la Iglesia católica.

—¡Hombre! ¡Hombre!

—¿Qué hombre ni mujer! ¿sí ó no?

—Vaya con Dios; sí, sí, no tengo reparo en soltar prendas.

—Cogido estás, pues, sin remisión.

Si admites como bueno, provechoso y obligatorio lo que como bueno, provechoso y obligatorio enseña la Iglesia católica, obligado estás á reconocer que es bueno, provechoso y algunas veces obligatorio el uso de los santos Sacramentos, pues la Iglesia, en textos que espero no me obligarás á citar, los declara cosa buena, provechosa y en muchos casos obligatoria. ¿Qué tienes que oponer á mi argumentación?

—Nada, amigo; que es concluyente y no deja salida.

—Espero, pues, que si eres católico como dices, no hablarás en adelante de los santos Sacramentos con el tono de mofa y desdén con que ahora mismo lo acabas de hacer.

—Está bien. Respeto la enseñanza de la Iglesia, y comprendo que es necio y disparatado querer saber de las cosas de ella más que ella misma, de quien todos las han de aprender. Pero

vamos, sed franco siquiera por esta vez, y convendréis conmigo (aquí para entre los dos) que ese continuo confesarse y comulgar de los devotos de profesión, más huele á rutina que á verdadero espíritu de sólida é ilustrada piedad. Comprendo que un hombre se confiese y comulgue para bien morir ó en trances apurados por el estilo. Pero me da lástima, por no decir enojo, ese enjambre de beatos pegados siempre como lapas al confesonario. ¡Habrá gansos!

— ¡Vaya, amigo! ¡que no parece sino que eres tú quien ha de apechugar con la no escasa fatiga de oír á esos pobres en confesión! Muy indignado te veo con la gente devota. Por cierto que nunca te escuché tal lenguaje contra los concurrentes asiduos al teatro ó al café. Y cuidado que suele ser mayor la concurrencia de aficionados á tales sitios que á los piés del

confesor, y piérdense allí algunas más horas, y olvidanse algunas más obligaciones, y sácanse muy diferentes resultados. Pero en fin; aun en este terreno admito la discusión, y voy sencillamente á contestar á tus no sé si las llame inocentadas ó impertinencias.

Es doctrina constante de la Iglesia y regla de piedad, no ilustrada ni por ilustrar como dices tú, sino maciza y sólidamente cristiana, que nada ejerce sobre nosotros acción tan directa y eficaz como el uso frecuente y digno de la santa Comunión. Quiso el Salvador dejarse á sí mismo en este Sacramento, no para quedarse guardado y como cerrado con cien llaves en la soledad de nuestros sagrarios, sino para dárseos en franca y continua comunicación. Pudiendo escoger cien y cien materias para el admirable misterio de la transubstanciación, no quiso sino

emplear las más comunes, cuales son las que forman nuestros más usuales alimento y bebida. Muestra esto que la divina Eucaristía esencial y primariamente se instituyó, no para ser expuesta y adorada, sino para ser recibida. Este fué indudablemente, además del sacrificio, el fin esencialísimo de su institución. Y así vemos que la primera palabra que á sus Apóstoles dice el Señor en la Cena después de tan maravillosa operación, no es «Mirad y adorad,» sino «Tomad y comed: *Accipite et manducate.*»

Nunca lo entendió de otro modo el Catolicismo. La Comunión era diaria para la mayoría de los fieles en los primeros siglos del Cristianismo, más fervorosos que los presentes y, con perdón sea dicho, más ilustrados. Generalmente nunca celebraba el sacerdote que no participasen de su Comunión los asistentes. Una secta tenaz y

portada que acaba de morir casi en nuestros días bajo los anatemas del Supremo Pastor, el Jansenismo, padre de muchos de los actuales errores, predicó con falso celo contra la frecuente Comunión, rodeando de tales dificultades ese amoroso Sacramento, que su recepción se hiciese poco menos que imposible á la criatura humana, para quien, no para los Angeles, fué instituido. ¡Diabólica invención, digna de la perversidad sagaz de aquella secta maldita! Pero la Iglesia condenó tales errores y tan hipócritas respetos. Y hoy, como en todos los siglos, sigue enseñando ella y predicando sus ministros, y aconsejando los directores de almas, que es lícita y santa y provechosa, y para muchos indispensable la frecuente Comunión. Supongo no serás tú, amigo mío, quien en este punto te hagas ahora del timorato y del escrupuloso, y lleves la contraria.

—No, por cierto ; que en nada me quisiera oponer á lo que la Iglesia enseña como de fe.

—Perfectamente. Si es, pues, práctica muy recomendable la de la Santa Comunión frecuente, esto trae, para los fieles que deseen seguirla, la necesidad de confesarse también á menudo. He aquí, pues, por qué ordinariamente se confiesan cada semana los sacerdotes, las Religiosas y en general todas aquellas personas que, siguiendo el espíritu de la Iglesia, desean recibir con alguna frecuencia la Santa Comunión. Y si alguno lo hiciese por rutina como tú dices, y no por espíritu de verdadera piedad como quiere la Iglesia, cúlpese á aquél, no á ésta, del abuso que se comete, que eso nada tiene que ver con lo que estamos tratando aquí.

Pero aun tú, amigo mío, aun tú que, según todas las trazas, distas mucho

de aspirar á vida perfecta y piadosa; aun tú que, según práctica de muchos, quieres para salvarte el *mínimum* posible de Religión; tú que en asunto de tanta importancia, para el cual nunca son demasiados los requisitos de seguridad, te contentas desgraciadamente con aquello poquísimo que basta para que todo el mundo no te dé ya en vida por irremediablemente condenado; tú también, pobre amigo mío, por ilustrado que seas, ó sin ilustrar, necesitas del remedio frecuente de los Santos Sacramentos. También tú eres hombre, digo, me parece á mí, y eres frágil, y caes á menudo, y necesitas mano que te levante, luz que te guíe, fuerza que te sostenga, consuelo que te endulce mil y mil amarguras del corazón á que estás de continuo expuesto. Y todo esto se va á buscar y se encuentra en el uso conforme de los Santos Sacramentos. Uso conforme

he dicho, porque es claro que no darán tales resultados los Sacramentos, si los recibes como tú sueles tal vez cada Cuaresma, por mera formalidad, sin interior disposición alguna, sin ninguna de las condiciones que enseña como debidas la santa Iglesia y el mismo buen sentido. Tú quizá nunca has encontrado en tales medios de santificación más que horrendos sacrilegios. ¡Pobre amigo mío! ¡Has quizá escupido la mano benévola que te alargaba Dios por medio de su ministro, en vez de besarla y estrechársela amorosamente! ¡Has verificado un simulacro y una parodia de Confesión y una profanación de la Comunión, más que una buena Confesión y Comunión propiamente dichas! Comprendo tu desdén por el confesonario y tus rechiflas contra los que ves asiduos en frecuentarlo bien! ¡Comprendo que te sea enojoso formar en fila con ellos en la ba-

randilla de la Santa Comunión! Lo mismo le pasaba á Judas el traidor con sus hermanos del apostolado; también traía torva y enojada su faz en medio de aquella dulcísima Cena en que por vez primera se daba el Salvador á sus fieles amigos. ¡Ah, infeliz! ¡Cuida no te le asemejes en el desastroso fin, como al parecer tienes empeño en asemejarte á él en tales principios!

Sucede con la Confesión y Comunión lo que con las ciencias humanas. Los más ignorantes son los que creen tener menos necesidad de estudiarlas, y admíranse de que haya quien se queme las cejas y se llene de arrugas la frente para adelantar en ellas. Se les figura á muchos de esos rudos, que fuera de su sencillez deletrear ya no hay más que saber en el mundo. Así pasa con muchos cristianos en materias de Religión. Como conocen y prac-

tican poquísimo de ella, todo lo que es conocimiento y práctica superior lo califican de fanatismo y beatería. Cabelmente no se empieza á conocer algo la Religión, sino cuando se ha abonado bastante en sus interioridades. Y eso, no por medio de libros, sino por medio de práctica interior, porque la Religión es ciencia práctica; y no la conoce más quien más la estudia, sino quien más y con mayor humildad la practica. Quien rara vez se confiesa apenas halla de qué confesarse; créese el infeliz tener de sí propio un conocimiento completo, y como no ve nada en su conciencia, juzga que nada tiene de criminal ó defectuoso. Pero repara que el no ver, puede ser ó porque realmente no hay cosa que ver, ó porque esté á oscuras el que desea verla. Así sucede á los tales. Miran su conciencia y nada ven; no porque nada haya allí, sino porque miran sin luz.

Por esto acontece que aquellos mismos que nada veían y nada hallaban de qué confesarse cuando se confesaban poco; encuentran siempre de qué, cuando dan en confesarse más á menudo. ¡Ah! es que abriendo de par en par las puertas del corazón á Dios, entra en él como un rayo del sol de la divina gracia que alumbra hasta el último de aquellos secretos escondrijos, y entonces ¡oh, cuán pasmado queda el cristiano encontrando allí tantas y tantísimas suciedades! Allí el olvido de los más sagrados deberes con Dios y con el prójimo; allí los pensamientos impuros y los malos deseos abrigados tal vez con detenida y criminal complacencia; allí la torpeza y escándalo en el hablar, mirar y tocar; allí el poco cuidado de la familia; allí la poca delicadeza en los negocios contra lo que previene el séptimo mandamiento, porque hay muchos modos de robar

que no se llaman robo y lo son; allí la fama del prójimo manchada ó tiznada; allí los rencores y mal encubiertas venganzas; allí el desprecio de las cosas santas, y el odio á la Religión, y la difamación de sus ministros; allí el olvido sistemático de los preceptos de la Iglesia tocante á ayunos y abstinencias; allí... pero ¿qué, amigo mío? ¿Será caso ahora de que te dicte yo aquí tu confesión general ó por lo menos el examen de conciencia?

—Es verdad.

—Basta, pues; discurre así, y sobre todo desea confesarte bien, y para eso confíesate á menudo. Verás como nunca más se te escapa de los labios la palabra poco cristiana, por no decir blasfema, que ha dado pie á este rato de conversación.

A. M. D. G.

sí, pero no beato.—27. Honrado, y esto basta.—28. Dios no se mete en eso.—29. ¿Para qué necesito yo Sacramentos?—30. Dios quiere el corazón.—31. ¡Todos somos iguales!—32. Más trabajo y menos fiestas.—33. ¡Qué dirán!—34. ¡Dad al Papa!—35. Pero ¿de veras os parece que hemos de resucitar?—36. ¡Calla, blasfemo!—37. Lo de Lourdes.—38. ¡A veces hasta duda uno si hay Providencia!—39. ¡Pobre de mí... no tengo tiempo!—40. ¿Y por qué no he de leer yo todo lo que quiero?—41. Esos curas... por todo piden dinero.—42. Belén y la cuestión social.—43. Principio y fundamento.—44. Lo que se va y lo que se viene.—45. Malo malo no lo soy. Otros hay peores que yo.—46. A vela y remo.—47. ¡Las fiestas! ¡Las fiestas!—48. ¡Tolerantes é intolerantes!—49. Terquedades católicas.—50. ¡Nó, no prevalecerán!—51. ¿Religión? ¡A los curas con ese embrollo!—52. Pero, ¿cómo puede ser lo de la Eucaristía?—53. Los frailes holgazanes.—54. Historia contemporánea.—55. ¡Se va á espantar el enfermo si le hablan de Sacramentos!—56. La librería de mi amigo.—57. Corazones partidos.—58. ¡Qué iglesias y conventos! Escuelas y talleres necesitamos.—59. Vamos andando.—60. Los pocos y los muchos.—61. Ganar para la vejez.—62. Poncio Pilatos.—63. Mira que te mira Dios.—64. El Santo Rosario.—65. ¿Y hay de veras purgatorio?—66. Cariño más allá de la tumba.—67. Celestial compañero.—68. Ni fe sin obras, ni obras sin fe.—69. La Santa Inquisición.—70. ¿Los curas? ¡Bah! son hombres como nosotros.—71. Cuantas galanas.—72. El secreto del bien morir.—73. ¡Eternidad! ¡Eternidad!—74. Higiene espiritual.—75. María, Madre de Dios.—76. La casa-iglesia y la casa-club.—77. Escuelas laicas, es decir, impías.—

78. El Sagrado Corazón.—79. El secreto de la escuela laica.—80. Vivos y muertos, ó ¿cuándo se nace de veras?—81. Piezas para un proceso.—82. Las tres mentiras de la enseñanza laica.—83. ¿Romerías? ¿qué se saca de eso?—84. Modos de tener religión que equivalen á no tenerla.—85. No estoy por tanto lujo en las iglesias: Cristo fué pobre.—86. Con qué ¿nos vamos?—87. Criterio seguro... y único.—88. La casa de la eternidad.—89. El fin del jesuitismo.—90. ¿Tanto mal es el pecado?—91. Más sobre el jesuitismo.—92. El pecado cristiano.—93. La más justificada justicia.—94. El combate de la vida.—95. El triunfo de la fe.—96. La vejez del incrédulo.—97. ¡Esos teatros!—98. El crimen de muchos hombres de bien.—99. Ricos muy pobres.—100. Ad maiorem Deigloriam.

Los libritos de esta *Biblioteca* se venden en la *Librería y Tipografía Católica* de Barcelona á los precios siguientes:

Un ejemplar, 6 cénts. de pta.; docena de un mismo número, 50 cénts.; centenar de id., 4 ptas.; quinientos de id., 18'75 ptas.; mil de id., 35 ptas.

La colección de los 400 números publicados vale 4 ptas.

Dirigirse á D. Miguel Casals, calle del Pino, número 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino, 5, Barcelona.—1899.